

Cartas al director

La granja de «nunca-jamás». In memoriam.

Sr. Director:

«Entonces, seguid al jefe —gritó alegremente el Sr. Gentil—. No estoy seguro de que tengamos un salón, pero haremos como que lo tenemos, y es lo mismo.

Y salió danzando por la casa y todos le siguieron aclamándole y gritando: ¡Viva, viva!, y bailando detrás de él fueron en busca del salón.

Hemos olvidado si lo encontraron o no, pero, de todos modos, sabemos que encontraron rincones donde acomodarse.» (De «Peter Pan», J.M. Barrie).

Resulta, cuando menos, curioso el anuncio de la desaparición de algo que, según todas las apariencias, nunca ha existido. Hablo de un lugar mágico, cuya muerte ya ha sido anunciada por quienes detentan el poder de la misma, y donde todo sucedió siempre como si de ese salón del cuento de «Peter Pan» se tratara: la Comunidad Psicoterapéutica «Casa Lanza», lugar que, a fuer de real, con toda probabilidad no existió nunca.

No existió, en primer lu-

gar —y de forma harto evidente para quienes padecemos sus consecuencias— para ellos, los mismos que ahora decretan su clausura definitiva, los representantes de una estructura para la que «Casa Lanza» no fue nunca sino un nombre, indiferentes a si era una casa, una casa con salón como en el cuento, o una casa con luz (que nunca tuvo), o una casa con camas donde dormir quienes allí vivían, o una casa donde, simplemente, vivía gente, como en un cuento.

Pero no me interesan «ellos». Esa casa no existió, es cierto. Pero no existió, no accedió nunca a esa grotesca categoría del nombre de la realidad de otro modo y **pese a ellos**. Me interesa la gente que hizo de esa casa un lugar que no podía existir, un lugar imposible por exceso de **real**. La gente que vivió en esa casa como se vive en los cuentos. Los cuentos que están hechos, como todos los niños saben, de palabras.

Una casa donde **jugar**. Donde aprender que sólo los niños juegan correctamente el juego de «ser adultos».

Porque aquella casa que hicimos, terapéutas y promociones sucesivas de pacientes, levantando tabiques y abriendo ventanas, fabricando sus camas y mesas con árboles que nosotros habíamos talado, alumbrando sus noches con fuego de leña y de velas, esa casa no era la casa que **realmente** estábamos construyendo. Esa casa que ahora cierran, es cierto, no es la que existió para quienes allí vivieron. Allí se construía otro (y en otro) lugar, otros lugares, cada día. Lugares, personas, que hoy hablan. Y nadie cierra la boca que ha aprendido a hablar.

«Casa Lanza» fue, es, un lugar donde nacer a la palabra, donde nacerla palabra. De palabras están hechos los cimientos de «Casa Lanza». De palabras, como los cuentos. Palabras insumisas al orden legislado de lo imaginario. Palabras mágicas en la creación de lo real: amor y vida, dos innombrables que necesitaron el soporte estricto del más arduo trabajo, de todos y de cada uno, para acceder al ser, ese ser abierto que fugitivo escapa al hombre.

Un lugar que no existe, justo lo contrario del lugar de lo inexistente. Un lugar vacío donde jugar la palabra. Jugar con la palabra (que constituye al Sujeto) al juego de ser otro. Jugar, como en la isla de Nunca-Jamás del cuento, juegan los piratas a ser piratas, Peter Pan a ser Peter Pan. Un lugar, pues, en su sentido más estricto, inexistente, como bien han simulado saberlo (quizás el saber es siempre simulación) esos tediosos guardianes de la **realidad**, esos grotescos seres cuya palabra es sólo orden, o decreto, o ley, justo por ausencia de palabra. Autoridad, pues, muda, mas no ciega, siempre temerosamente atenta al continuo

deslizamiento de los límites de «su» realidad: el Poder, que no la Voluntad.

«Cuando la sombra amenazó con su ley implacable», dice Mallarmé. Granja de Nunca-Jamás ya para siempre borrada de un mapa que nunca la sostuvo. La mantendrá lo que la mantuvo siempre, lo que la creó: la mirada de sueños de todos los Peter Pan, de todos los niños descarriados, de todas las hadas, piratas, indios y sirenas que allí vivieron, como quien vive en lo que no existe pues sabe que el destino de vivir no es el de la mera existencia. La mantendrá el recuerdo enamorado, y por ello vivo, de quienes allí aprendieron a vivir y a so-

ñar eternamente ese instante donde el tiempo y sus nombres no pueden, sencillamente, existir.

Nada cierran, pues, quienes nunca abrieron nada. Y el día de su muerte final, dos centenares largos de hermanos Gentil contemplaremos la noche desde nuestras respectivas ventanas. Y sabremos mirar, allí lo aprendimos, la evidencia de unas lágrimas y la imagen mágica de una casa volando definitiva rumbo a la estrella del sur. Esa mirada, sólo ella, señala el único lugar donde todo existió un día. Un día que es hoy: el día único en que, fugaz y eterna, transcurre la vida.

José Miguel Arnal

Publicidad para la salud

Sr. Director:

Que la publicidad nos ofrece una información sesgada, es algo que todos sabemos, habida cuenta de que su principal móvil es vender el producto que anuncia. Tal es el caso de las multinacionales farmacéuticas, que últimamente se dedican a cantarnos las maravillas de sus productos analgésicos por televisión, y al final, y a toda velocidad, escrito en letra pequeña como las cláusulas de los contratos, nos avisa de que es peligroso usarlo durante varios días seguidos, o de que es peligroso dejarlo al al-

cance de los niños, o de que hay que tener preocupación en caso de trastornos gástricos o hepáticos.

Pero lo que no tiene sentido, es que una campaña publicitaria desde la administración, sea también sesgada, y prime la salud social sobre la individual. Si ella, que dispone de todos los medios a su alcance, no articula un programa preventivo del consumo de sustancias tóxicas, y se limita a lanzar de vez en cuando un spot, desaprovechando todo el peso y la capacidad de convicción de la publicidad de cara a los jóvenes, no sé quién lo va a hacer.

En la TV3 vemos un anuncio en el que se oye una tosecita de niño, y la cámara, en un primer plano sobre el vientre de una mujer embarazada, va retrocediendo hasta cogerla entera, fumándose un cigarrillo, una voz en off dice: «Si tú fumas, él también fuma». Deducción, no fumes cuando estés embarazada, no vaya a ser que le pase algo al chiquillo. Luego ya puedes hacerte polvo los pulmones si quieres, es tu problema.

El slogan «si bebes, no conduzzccas» (que aunque no especificaba el qué, todos nos imaginábamos que

era alcohol), o aquel otro de coche más copa = ambulancia. Nos recuerdan que puede resultar peligroso conducir ebrio, ahora, en cuanto te bajas del coche, tu hígado es tuyo. Mientras el marido lleva la paga a casa, aunque llegue un poco tocado no pasa nada, ahora, si se la gasta toda, o le pega a su mujer, hay que ponerlo en tratamiento, por ella y por sus hijos, el propio enfermo es lo de menos. Un montador de grúas contaba que el capataz le invitaba todas las mañanas a varios carajillos antes de subir a montarla, porque según él era la única forma de atreverse, pero si otro día lo pillaba bebiendo le echaba

la gran bronca.

Vemos en vallas publicitarias una jeringuilla con la aguja doblada, y el lema: «Que no te la pasen», y estamos de nuevo en lo mismo, que no te contagien el sida, que tú también puedes contagiarlo, ahora, con tu propia jeringuilla puedes picarte hasta reventar. Cuántas madres inconscientemente prefieren tener en casa un hijo toxicómano (malito) al que cuidar, antes que un adulto que viva su vida independiente. Cuántas veces se ha hablado de legalizar las drogas aún ilegales, para evitar la delincuencia, y el mercado negro, pero en absoluto pensando en el dependien-

te de esa sustancia.

Habría que revisar el concepto social de enfermedad para este grupo de gentes que consumen sustancias tóxicas, legales o no, y reivindicar su patología.

Que los muñequitos que nos explican lo del sida en la tele están bien, que en las cajetillas de tabaco ponga que es perjudicial para la salud, en vez de puede ser perjudicial, que ponía antes, también está muy bien, y que se limiten los anuncios de bebidas alcohólicas en TV, también, pero aún quedan muchas cosas por hacer a nivel de conciencia de enfermedad. Tal vez entre todos.

Fernando Larrauri